

# Objeciones desaparecidas

Augusto Godachevich

(Seis Obras breves)

- Ganas a tu hermana
- Amor sin correspondencia
- Objeciones desaparecidas
- De ahora en más
- Transa de Vanguardia
- El duende castrador

## Ganas a tu hermana

Leandro

Rubén

(Los dos personajes se encuentran sentados. Silencio mortuorio)

Leandro —(Mirando a la nada). ¿Por qué con mi hermana?

Rubén —(Intenta explicarse y no encuentra las palabras). No sé, yo..., se dio así...

Leandro —(Reflexiona sin escucharlo). Habiendo tantas mujeres... (Rubén se encuentra sin saber qué decir. Nuevo silencio). ¿Cuánto hace que...

Rubén —(De sopetón) Dos meses... Días más, días menos...

Leandro —(Pensando y repitiendo). Dos meses... (Dándose cuenta). O sea que cuando fuimos a la cancha, vos yo te la habías...

Rubén —Sí, sí.

Leandro —(Siguiendo con su razonamiento). Y no me dijiste nada.

Rubén —No. Calculo que sabrás entender.

Leandro —Sí, está bien. (Nuevo silencio).

Rubén —(Comenzando a hartarse de la situación). Bueno, che, no lo tomés así, tampoco. (Ve que no le presta atención). Che. ¿Me escuchás? (Leandro afirma con la cabeza). Siempre dijiste que yo era una buena persona...

Leandro —Sí, pero ahora es diferente.

Rubén —¿El qué es diferente? ¿Ahora porque salgo con tu hermana, dejo de ser una buena persona?

Leandro —De alguna manera.

Rubén —¡Che! ¡Pará! ¿No era tu mejor amigo, yo?

Leandro —Sí, Rubén, sí. Pero... ¿Sabés lo qué pasa?

Rubén —A ver... ¿Qué pasa?

Leandro —Pasa que vos no sos merecedor de mi hermana.  
Rubén —¿Ah no? ¿Y quién es merecedor de tu hermana?  
Leandro —(Silencio. Piensa). No sé. Vos no.  
Rubén —¿Y quién? Porque alguien tiene que haber, si no...  
Leandro —¿Si no qué?  
Rubén —Y... porque si no..., pobrecita. Si dependiera de vos, moriría virgen.  
Leandro —Tampoco la pavada. ¡Pará un cacho!  
Rubén —(Tratando de hacerlo reflexionar). A ver, entonces...  
¿Quién sería merecedor de tu hermana? ¿Un médico? ¿Un abogado? (Irónico). Claro, como yo soy un analista de sistema, no soy merecedor de tu hermana.  
Leandro —No tiene que ver con eso... ¿Qué decís?  
Rubén —¿Y entonces?  
Leandro —No sé, siempre me imaginé algo mejor para ella.  
Rubén —¿Algo mejor? A ver... y para vos... ¿quién sería mejor que yo?  
Leandro —Dejá, no importa. (Cambia de tema). ¿Cómo la tratás?  
Rubén —¿Cómo la trato?  
Leandro —Sí... La estás tratando bien... ¿no?  
Rubén —(Sin entender del todo). Sí, nos llevamos... bastante... bien.  
Leandro —(La respuesta no le alcanza. Advierte). No le vas a hacer nada que ella no quiera... ¿no?  
Rubén —¿Qué decís?  
Leandro —Nada, yo te advierto no más.  
Rubén —(Dejándolo pasar). Está bien.  
Leandro —Hacé solamente hasta donde te deje hacer.  
Rubén —Sí, Leandro, sí. Ya entendí la indirecta.  
Leandro —Está bien. (Silencio). Y ahora..., decime... ¿hasta dónde te deja hacer?

Rubén —¿Eh?

Leandro —Contame... ¿Cuáles son sus límites? Soy su hermano, tengo que saberlo.

Rubén —Yo no te pienso contar eso. Preguntaseló a ella, si querés.

Leandro —Entonces lo sabés.

Rubén —¿El qué?

Leandro —Cuáles son sus límites.

Rubén —¿Yo?

Leandro —Sí, lo acabás de decir.

Rubén —¿Sí?

Leandro —Y si sabés, es porque quisiste proponerlos.

Rubén —¿A quiénes?

Leandro —A sus límites.

Rubén —No, yo...

Leandro —Pisaste el palito.

Rubén —¿Qué palito?

Leandro —Vos a mi hermana no la tocas, forro. (Lo empuja al suelo).

Rubén —(Silencio). ¿Sabés qué? No conozco los límites de tu hermana. No los conozco... ¡porque no los tiene! ¡Siempre pide más y más, y por donde sea! Es una máquina del placer. Si uno no le dice: aflojá gatita..., aflojá... Porque le gusta que le digan gatita...

Leandro —¡Callate!

Rubén —¿Sabés cuál es el problema?

Leandro —¿Cuál es?

Rubén —Siempre lo supe, pero nunca pensé que llegarías a tanto...

Leandro —Hablá y no andés con vueltas.

Rubén —Lo que pasa, es que le tenés ganas a tu hermana, y no te la bancás.

Leandro —¿Qué decís?

Rubén —Y como vos no la podés tocar, no querés que nadie lo haga... ¿o no? (Silencio. Retándolo). Desmentime... desmentime...

Leandro —Mirá si yo... ¿qué decís?

Rubén —Es así Leandro.

Leandro —(Silencio). ¿Y qué querés que haga?

Rubén —No sé. (Se tranquilizan). Nunca pensaste en ir al psicólogo.

Leandro —Sí, pero tengo miedo de dejar de... amarla.

Rubén —Eso sería... sano.

Leandro —Sí... ¿no? Creo que tenés razón. No es saludable lo que me pasa... Total..., hay un montón de minas...

Rubén —Un montón. ¿Sabés quién que me dijo que estaba interesada en vos?

Leandro —¿En mí?

Rubén —Sí.

Leandro —¿Quién?

Rubén —Eliana.

Leandro —¿Qué Eliana? ¿Tú prima?

Rubén —Mi prima. ¿Qué te parece? (Leandro no responde).

¿Qué? ¿No me vas a decir que no te gusta?

Leandro —Sí. Qué no me va a gustar. Está increíble, tu prima. Pero..., no sé...

Rubén —Dale, vamos, salgamos esta noche los cuatro y vemos.

Leandro —¿Los cuatro? Sí... ¿no? De última, si no me cae bien la mina, vos te la llevás en el auto, y yo me llevo a mi hermana para casa. (Rubén mira a Leandro pidiéndole que no vuelva a empezar con lo mismo). Sí, tenés razón. No da. No es saludable.

## Amor sin correspondencia

Alfonso

Marianela

Alfonso —Hola.

Marianela —Hola.

Alfonso —¿Cómo te llamas?

Marianela —No me acuerdo... ¿vos?

Alfonso —Me llamo como vos te llames.

Marianela —Entonces te llamás Marianela.

Alfonso —¿Te acordaste?

Marianela —Sí, me acordé.

Alfonso —Pero no me gusta.

Marianela —¿Entonces para qué decís que te vas a llamar como yo?

Alfonso —Es que te quiero conquistar.

Marianela —¿Te pensás que soy un territorio, pelotudo? A mí no me conquista nadie.

Alfonso —En realidad, quise decir, que te quiero enamorar.

Marianela —¿Vos estás enamorado de mí?

Alfonso —(Piensa qué decir). No, todavía no.

Marianela —¿Entonces para qué me querés enamorar? Vos lo que querés, es que primero te ame yo, para después no corresponderme en el sentimiento, y así andar con el orgullo inflamado por la vereda.

Alfonso —No, nada que ver.

Marianela —¿Ahora ni siquiera me querés ver?

Alfonso —No, todo lo contrario. Vos sos... “todo que ver”.

Marianela —(Cerrándose el escote.) No te desubiqués, flaco.

Alfonso —Yo te quiero enamorar, porque sé, que si vos me decís que sí, yo me enamoro al toque. Te lo juro.

Marianela —Lo que te pasa a vos..., es que no te bancás el amor no correspondido.

Alfonso —¿Vos sí?

Marianela —Sí, obvio que me lo banco. ¿Por quién me tomás, banana?

Alfonso —Por alguien a enamorar.

Marianela —¿Sabés todos los que no me correspondieron a mí?

Alfonso —No, ni idea.

Marianela —Gente de lo más famosa. Yo no me ando con chiquitas. (Él se mira la entrepierna). ¿Conocés a John Malkovich?

Alfonso —Obvio.

Marianela —Bueno, él es uno de los que no me correspondió

Alfonso —No te correspondió porque es un idiota.

Marianela —¿Qué decís? ¿Querés que te rompa la cara, gil?

Alfonso —No te enojés, mi amor.

Marianela —No soy tu amor.

Alfonso —¿Vos qué sabés?

Marianela —Me le dijiste recién. Me dijiste que todavía no me amabas.

Alfonso —Pero bueno, convengamos que ya paso un tiempo considerable desde ese momento, un tiempo en cual, debo admitir que... ya me... enamoré.

Marianela —¿No ves cómo sos?

Alfonso —¿Cómo soy?

Marianela —No tenés orgullo, pibe.

Alfonso —Pero te amo.

Marianela —Yo no. Yo amo a John Malkovich. Así que ni se te ocurra volver a insultarlo. ¿Estamos?

Alfonso —Si lo insulté, fue porque pensé que me ibas a dar la razón. Tan sólo trataba de agradarte. John Malkovich es uno de los mejores actores del mundo. ¿Cómo no recordarlo en

películas como “Amistades peligrosas” o “La sombra de un vampiro”? Sólo lo insulté, para darte a entender, que cualquiera que no te ame a vos, es un idiota.

Marianela —¿Cómo lo eras vos hace dos minutos atrás?

Alfonso —Lo admito.

Marianela —¿Así que te gusta John Malkovich?

Alfonso —Exacerba el placer de todos mis sentidos.

Marianela —(Sorprendida) Me pasa exactamente lo mismo.

Alfonso —Cuando quieras miramos una de sus películas en mi televisor 234 pulgadas.

Marianela —¿Adónde lo tenés?

Alfonso —¿Al tele?

Marianela —Sí.

Alfonso —En la pieza.

Marianela —No me vas a enamorar acreciéndome los glúteos, mientras miro a Malkovich.

Alfonso —(Sorprendido). ¿Me estás leyendo la mente?

Marianela —No, te estoy leyendo el futuro.

Alfonso —¿Entonces te vas a dejar manosear?

Marianela —No tengo otra opción, el futuro ya está escrito

Alfonso —Genial ¿Y qué más podés leer?

Marianela —El diario. Pero solo la sección de moda.

Alfonso —La verdad es que sos divina, Marianela.

Marianela —¿Quién?

Alfonso —¿No te llamabas Marianela?

Marianela —Ah sí, cierto. ¿Vos?

Alfonso —Marianelo. Me lo puse en tu honor.

Marianela —Es horrible.

Alfonso —Nada que se parezca a vos puede ser horrible.

Marianela —Eso lo decís porque me querés dar masa.

Alfonso —Bueno, entre otras cosas.

Marianela —Pero no lo vas a poder lograr.

Alfonso —¿Podés leer eso también?

Marianela —Obviamente.

Alfonso —Pero si te vas a dejar manosear... (Suplicante).

¿Porque después no te vas a dejar dar masa? ¿Qué te cuesta?

Marianela —¿Por quién me tomás? Yo no soy ninguna histérica. Si me dejo manosear primero, después me dejo hacer segundo, tercero, y cuarto... (Primero se señala la boca, luego la entre pierna, y luego levanta los dedos marcando el cuatro).

Alfonso —¿Cuarto también?

Marianela —Sí, también.

Alfonso —¿Y por qué me decís que no voy a poder, entonces?

Marianela —Porque después de ver a Malkovich actuar, te vas a sentir tan disminuido, que no vas a tener las fuerzas necesarias para poder llevar la sangre hasta tu miembro.

Alfonso —¿En serio?

Marianela —Sí, así será. ¿Creés que es poco probable?

Alfonso —No, generalmente me pasa.

Marianela —Entonces deja de intentar enamorarme, porque lo que menos quiero, es sentir devoción por alguien disminuido sexualmente. ¡Llevate tu amor de acá ya mismo!

Alfonso —¿Es una orden?

Marianela —¿Qué te parece?

Alfonso —¿Y quién sos vos para darme ordenes?

Marianela —Tu objeto de deseo. ¿Te parece poco?

Alfonso —No, tenés razón.

Marianela —Todavía que me voy a dejar manosear, te me hacés el compadrito...

Alfonso —Sí, bueno...

Marianela —Pedazo de pelotudo...

Alfonso —Bueno, ya está, ya entendí. Aflojé un cacho, mi amor.

Marianela —Te dije que te llevés el amor de acá.

Alfonso —¿Pero... yo me puedo quedar?

Marianela —Sí, obvio.

Alfonso —Comprendido. (Sale de escena y vuelve entrar).

Listo.

Marianela —Mejor así. (Mirándolo mejor). Ahora, así, sin tu amor por mí, sos como más... más interesante.

Alfonso —¿Sí?

Marianela —Sí, como..., no se..., tenés algo en tus ojos. Como una especie de brillo a alcanzar.

Alfonso —¿Sí?

Marianela —Sí. Estoy sintiendo la necesidad de un beso tuyo.

Alfonso —¿En dónde?

Marianela —(Señalándose el codo). Acá.

Alfonso —¿Sí?

Marianela —Sí.

Alfonso —¿Me bancás un segundo que traigo a mi amor por vos y vuelvo?

Marianela —No, estoy apurada.

Alfonso —Mentira. Vos no estás apurada.

Marianela —Te lo juro por Anthony Hopkins.

Alfonso —Lo que te pasa a vos, es que querés que no te corresponda el amor. Egocéntrica. Querés el amor para vos sola.

Marianela —Quizá porque soy la única que lo merece.

Alfonso —¿Así que yo no merezco mi amor por vos?

Marianela —Es muy gratis lo tuyo.

Alfonso —Será gratis, pero es mío

Marianela —El amor es algo serio.

Alfonso —¿Cómo John Malkovich?

Marianela —Sí, exactamente.

Alfonso —Me tenés podrido. Me voy.

Marianela —¿Vas a buscar tu amor?

Alfonso —No. Se esfumó. No está más. Se voló. Si te he visto, no me acuerdo.

Marianela —Pero..., pero..., pero...

Alfonso —¿Pero... qué?

Marianela —¿A qué hora voy para tu casa?

Alfonso —¿Qué fragmento silábico es el que no comprendés?

¡No va más, Marianela!

Marianela —Pero Marianelo...

Alfonso —No me llamo más así. Ahora me llamo Alfonso.

Marianela —¿Alfonso Malkovich?

Alfonso —No, Alfonso Trotavich.

Marianela —Está bien, andate. Pero acordate que mañana me tenés que manosear.

Alfonso —Claro. Ahora que el amor es tuyo sos capaz de cualquier cosa.

Marianela —¿Te creés que tengo ganas de que me manosee un impotente?

Alfonso —Entonces no vayás, y listo.

Marianela —Ya te dije que está escrito.

Alfonso —¿Qué cosa?

Marianela —El destino.

Alfonso —Como viene la mano, no creo que te abra la puerta de mi casa, mañana.

Marianela —¿Por qué?

Alfonso —Si te la pasas agredíandomé gratuitamente.

Marianela —Acá el gratuito sos vos.

Alfonso —¿No ves lo que te digo?

Marianela —Escuchame una cosa, pelotudo a pedal, el manoseo se va a dar, estés de acuerdo o no.

Alfonso —Ni a palo. (Mostrándole las dos manos). Olvidate de estos diez amiguitos.

Marianela —Esos diez, me van a recorrer mañana a las 17.34, quieras o no.

Alfonso —¿Lo que intentás decirme, es que lo voy a hacer contra mi voluntad?

Marianela —Lo que intento decirte, pedazo de mal parido, es que yo tengo poder sobre vos.

Alfonso —Pero no sobre mi amor, pues ya no lo tengo.

Marianela —Pero si sobre tu deseo. Y es todo lo que necesito para que esos diez deditos troten sobre mis carnes.

Alfonso —Si me seguís agrediendo libremente, no hay deseo que valga

Marianela —Sos hombre, con eso ya alcanza para dominarte. ¿Querés que te lo demuestre?

Alfonso —A ver.

Marianela — (Ella comienza a desabrocharse la camisa). Vos simplemente trata de resistirte. Estúpido. ¿Comprendés?

Alfonso —Sí. No parece algo muy difícil.

Marianela —Vas a ver que sí, idiota. Va a llegar un momento, en el cual va a dejar de importante que insulte a tu vieja; esa frígida pelotuda que no sabe hacer ni un sanguuche de mortadela. (Se comienza a soltar el pelo. Ve que está por quejarse y lo silencio). Silencio. No digas nada. (Comienza a besarle el cuello y a manosearlo). Sin hablar de tu padre. (Le da un beso por cada adjetivo siguiente). Ese mecánico grasiento, fracasado, idiota, estéril, gordo, desagradable, sucio, pobre, lento, inútil... (Él ya no puede resistirse. Le desabrocha la camisa) ...lo que pasa es que, ya sabés que no vas a poder lograr nada con tu vida, porque no te da la cabecita, porque estás lisiado mentalmente, porque sabés que no tenés la capacidad para estudiar ninguna carrera universitaria... Idiota, estúpido, imbécil... (Él se le tira encima y ella lo empuja al piso. Se comienza a abrochar nuevamente).

Comprobado. Tengo poder sobre tu deseo, más allá de todo insulto. (Intenta besarla). ¿Qué hacés? (Lo empuja).

Alfonso —Por favor... ¿Qué te cuesta?

Marianela —Te dije que el manoseo es mañana 17.34, no hoy... (Mira el reloj) ...a las 19.12.

Alfonso —Dale. Dame un adelanto, por lo menos.

Marianela —El Futuro no da adelantos. Las cosas ocurren cuando deben ocurrir, ni antes ni después.

Alfonso —¿Y si te digo que te amo?

Marianela —Te digo que yo no.

Alfonso —¿Y si te digo que no te amo, pero que te deseo?

Marianela —Que me desees es obvio. Pero si no me amas, debo admitir, que tendré la delicadeza de amarte yo.

Alfonso —¿No podemos amarnos los dos a la vez?

Marianela —No, como tampoco podemos no amarnos los dos a la vez.

Alfonso —¿Por qué?

Marianela —Porque la vida es así, una mierda.

Alfonso —¿Sí?

Marianela —Sí. Así que anda acostumbándote.

Alfonso —Bueno, entonces, yo te voy a desear a vos, y vos me vas a amar a mí.

Marianela —Siempre y cuando no me correspondas en el amor, todo bien.

Alfonso —Perfecto. ¿Vos tenés problemas en corresponderme en el deseo?

Marianela —No demasiados. Algo podemos hacer.

Alfonso —Perfecto. ¿Y si me enamoro de vos?

Marianela —No me lo digás nunca, si no me querés perder.

Alfonso —Escribiré poesías a terceras, entonces.

Marianela —Perfecto. Pero que no me entere de que en realidad están inspiradas en mí, porque a la mierda el amor.

Alfonso —Perfecto. Quedamos así, Marianela.

Marianela —¿Quién?

Alfonso — Nada, nada.

Marianela —Mejor así. Entonces nos vemos mañana, mi amor.

Alfonso —Amor sin correspondencia.

Marianela —Qué lástima que después de Malkovich, no vas a poder irrigar sangre a tu miembro; porque quisieras tener sexo contigo, aunque para mí sea hacer el amor, y para vos, puro fornicar.

Alfonso —¿Y si no miramos Películas de Malkovich?

Marianela —Está escrito que debemos hacerlo. Ya te lo dije.

Además, él fue quien nos unió, de alguna manera.

Alfonso —Bueno, y si no es mañana quizá sea pasado.

Marianela —No puedo. Pasado mañana tengo que llorar por el rechazo de Kenneth Branagh.

Alfonso —¿Y el lunes?

Marianela —Sí, el lunes sí.

Alfonso —¿Podrás leer si el lunes podré irrigar como se debe?

Marianela —No, sólo leo de un día para el otro.

Alfonso —Bueno. El domingo me decís.

Marianela —Perfecto. Quedamos así, entonces. Por lo menos andá entrenando a los diez indiecitos.

Alfonso —Sí, voy a tocar el piano toda la mañana.

Marianela — (Se acerca y lo abraza y lo besa). Te amo

Alfonso —(La mira enamorado y contesta sin pensarlo). Yo también. (Se da cuenta y se tapa la boca).

Marianela —¿Qué? ¿Sos idiota? ¿No entendiste nada?

Alfonso —Te deseo, quise decir. Te deseo, te deseo... Perdoná. Fue por pura inercia.

Marianela —Sos un idiota. No te quiero ver más la cara.

Estúpido. ¿Cómo se puede ser tan idiota? (Comienza a irse).

Alfonso —Chau, hasta mañana. (Se queda parado solo mirándose los diez dedos). 17.34. (Llora).

## Objeciones desaparecidas

Lujan

Saúl

Lautaro

Titi

(Sobre el escenario se encuentra Saúl, el empleado de la oficina de objetos perdidos. Trabaja sin parar sobre un amplio escritorio lleno de papeles. Está rodeado de diferentes cajones y canastos en donde se encuentran los objetos perdidos almacenados).

Titi —(Entrando a la oficina): Sí... ¿Qué tal? Estoy buscando mi traje de danza. Lo perdí la otra noche, en la cama de un extraño, y pensé que podía estar acá.

Saúl —A ver... (Leyendo su legajo). Usted es Paula Hernández. Un traje naranja... ¿no? (Se pone a buscarlo).

Titi —Sí, en la etiqueta dice Títi.

Saúl —(Que ya lo encontró y está leyendo la etiqueta). Titi. (Entra Lujan y se sienta en la silla de espera).

Titi —Sí, es ese. (Lo agarra). Muchas gracias. (Comprueba que está todo en la bolsa que le entrega).

Saúl —Para servirla.

Titi —(Firmando los papeles). ¿Sabe qué? Usted me parece súper simpático.

Saúl —Me alegro mucho. Buenos días.

Titi —Buenos días. (Sale).

Luján —(Agitada. Un poco desesperada). Buenos días. ¿Ésta es la oficina de objetos perdidos?

Saúl — (Sin quitar la vista de los objetos). Así es, señorita.

Luján —Es la única que hay... ¿no?

Saúl —Sí, sí. Todo lo que se pierde en esta hermosa nación, viene a parar a esta oficina ¿Qué se le perdió a usted?

Luján —Bueno, se me perdieron varias cosas. Es por eso que las traje anotadas en este papel.

Saúl —Léame, no más.

Luján —Bueno. Lo primero que perdí fue una muñeca Barbie.

Saúl —(Se mete de cabeza en el canasto.) Déjeme ver. (Saca una Barbie.) ¿Pude ser esta?

Luján —(La agarra emocionada). Sí, es esta. Muchísimas gracias.

Saúl —Nada de gracias. Es nuestro trabajo (Saca un papel del bolsillo). Según mis archivos, esta muñeca está acá, desde hace veinte años.

Luján —Sí, puede ser.

Saúl —Nada de puede ser. Si los papeles lo dicen, es así.

Luján —¿Sabe cómo se llama?

Saúl —Obviamente. Usted la había denominado Diana. (Lujan sorprendida). Pero en realidad se llama “Barbie Tropical”. (Zarandeando el papel). Todo está en mis archivos.

Luján —Qué buena organización.

Saúl —Así es. Comprobará que sus impuestos están en buenas manos. (Luján afirma con la cabeza). Bueno... ¿Qué otra cosa ha perdido?

Luján —(Mirando la lista). Lo segundo es... (No se anima).

Saúl —¿Qué le pasa? ¿No se entiende la letra?

Luján —No, es que me da un poco de vergüenza.

Saúl —No se preocupe. Yo no estoy aquí para juzgarla.

Luján —Se me perdió el diario...

Saúl —(Poniéndose a buscar). ¿El de qué fecha?

Luján —No, no. El diario íntimo.

Saúl —(Con seriedad). Ajá. (Se mete dentro del canasto nuevamente). Aquí está. Es este.

Luján —(Alegre). Sí, es ese. (Saúl le da la lapicera para que firme. Ella firma). Qué alegría. Ya lo creía perdido.

Saúl —Lo estaba.

Luján —(Ve que está abierto). Parece que alguien lo abrió.

Saúl —Obviamente, señorita... (Busca en el archivo. Ella sigue con los ojos en el diario) ...Lujan Balcarcel. (Ella se asombra al escuchar su nombre y apellido). El gobierno tiene la obligación de saber qué tipo de objeto perdido es el que está almacenando.

Luján —Pero...

Saúl —No se preocupe, si hubiesen encontrado alguna irregularidad en sus escritos, ya la hubiesen pasado a... (Con una sonrisa) ...visitar.

Luján —¿Entonces está todo bien?

Saúl —No todo. Aquí en mis archivos... (Señalándolos)... me figura que en un su diario íntimo usted escribió: “Querido diario. Hoy jugué al doctor con Nicolás. Estuve esperando ese momento durante tanto... Cuando él levanto mi guardapolvo me puse muy nerviosa..., pero sin embargo...

Luján — (Interrumpiendo). ¿Hace falta que siga leyendo?

Saúl —No, ya que seguramente usted habrá entendido a que me refiero cuando digo: “No todo está bien”

Luján —Sí, entiendo. Pero era muy chica.

Saúl —Aquí me figura que tenía 10 años. ¿A usted le parece una edad apropiada para ese tipo de juegos?

Luján —No, tiene razón.

Saúl —Pero, sin embargo, el gobierno ha decidido pasar por alto este hecho, ya que esa anécdota es la única de tal indecoroso carácter. Todo el resto del diario está en perfecta condición.

Luján — (Suspira). Me alegro que les haya gustado.

Saúl —¿Qué otra cosa ha perdido?

Luján —Aquí, en mi lista, tengo una última cosa. La dejé para el final porque es la más importante.

Saúl —¿Más importante que su diario íntimo?

Luján —Sí, más. Perdí a mí... novio.

Saúl —Ajá. (Con suma seriedad). Déjeme ver. (Mira los objetos que tiene sobre la mesa, y los del canasto, con mucha paciencia. Levanta uno por uno. Cuando baja el último). No, aquí no está. Debo decirle que su novio no se ha perdido, sino que quizá, se lo han robado.

Luján —(Asustada). ¡No! ¿Cómo me lo van a robar? No, él está perdido.

Saúl —¿Sabe cómo se llama esta oficina?

Luján —¿Objetos perdidos?

Saúl —Exactamente. Si su novio estuviera perdido estaría precisamente aquí, sobre esta mesa o en este canasto, en el mismo lugar en donde estaban su diario, o su Barbie Tropical.

Luján —Se llama Diana (Le muestra la Barbie).

Saúl — (Sin escucharla). Usted me ha visto observar objeto por objeto ¿No es así?

Luján —Pero... ¿cómo se lo van a robar? ¿Para qué lo pueden querer a Daniel?

Saúl —No es una pregunta que pueda responderle, ya que como ve, no soy un ladrón. Y viendo que ya está todo entregado y todo firmado... (Dándole a entender que debe irse) ...buenos días. (Se sienta y se pone a lustrar los objetos).

Luján —(Ella no entiende. Repite el saludo). Buenos días. (Se queda parada pensando.) ¿Y no hay una oficina de objetos robados?

Saúl —(Levantando la vista. Herido). ¿Usted está tratando a su propio gobierno de ladrón?

Luján —No, yo no quise decir eso.

Saúl —Porque solamente los ladrones, pueden llegar a tener una oficina con esa clase de objetos.

Luján —¿Y una oficina de objetos... (piensa) ...recuperados? Esa oficina tiene que existir.

Saúl —No. Esa oficina no existe. (Sacando un papel del bolsillo de su saco y desdoblándolo). Pero si quiere, y si tiene el tiempo necesario, usted puede llenar este formulario... (termina de desplegarlo y es una hoja enorme) ...pidiendo la apertura de la oficina que usted necesite. (Le da una lapicera que ella agarra por inercia). Debe firmar aquí..., allá abajo..., aquí al costado..., ahí, donde está la línea de puntos... (ella va firmando) ..., y al lado de la firma de nuestro general. (Ve que ella firmo todo) Perfecto. (Agarra el papel y lo vuelve a guardar de donde lo sacó). Muy bien. Le pido que pase dentro de setecientos cuarenta y ocho semanas a firmar el segundo formulario, una vez que éste haya sido aprobado. (Vuelve a despedirla). Muy buenos días. (Se sienta y comienza a limpiar los objetos nuevamente).

Luján —(Comienza a entender que la está echando). ¿Es que no pueden hacer nada? (Silencio). ¿No me pueden ayudar en nada?

Saúl —Se lo voy a repetir, aunque usted no me pague con sus impuestos por el servicio de reiteración. Si su novio, hubiese estado perdido, estaría precisamente acá, sobre esta mesa o en este canasto, y usted me ha visto observar objeto por objeto. (Sonríe). Buenos días. (Se sienta nuevamente. Ella se dispone a irse. Justo entra Lautaro. Ella le ve cara conocida).

Lautaro —(Yendo hacía Saúl). Buenos días. Estaba buscando a un amigo.

Saúl —(Señalando los objetos que están sobre la mesa). ¿Puede ser alguno de estos?

Lautaro —(Mirando fijamente). No, de estos no es ninguno. ¿Tiene otros?

Saúl —¿Los del canasto?

Lautaro —No, el que busco no entraría ahí.

Saúl —Entonces no, es todo lo que tengo. Buenos días. (Se sienta y se pone a lustrar).

Lautaro —También estaba buscando un balero.

Saúl —(Sacando el papel nuevamente) A ver... (Le agarra la cabeza a Lautaro y lo mira a los ojos como si fuera un trámite).

Sí... (Lo suelta). Usted es Lautaro Bocanegra... (Vuelve al archivo) ...y su balero es el código... ¡Ajá!

Saúl —Déjeme ver. (Se lo busca se lo da y lo hace firmar).

Lautaro —Muchas gracias.

Saúl —Estoy para servirlo. Buenos días.

Luján — (Acercándose a Lautaro). ¿Cómo se llama tu amigo?

Lautaro — (Mientras toma un control remoto que está sobre la mesa). Daniel.

Luján —¿Daniel Solís?

Saúl —(Golpeándole la mano a Lautaro). No toque lo que no es suyo.

Lautaro —(Devolviendo el control remoto). Si, Solís. ¿Lo conocés?

Luján —Claro, vos sos...Lautaro. El compañero de la facultad de Dani.

Lautaro —Sí. ¿Vos quién sos?

Luján —La novia.

Lautaro —(Simulando ignorarlo). ¿Tenía novia, Dani? No sabía.

Luján —Sí. Soy yo..., la... novia. (Le estira la mano).

Lautaro —Mirá vos, felicitaciones. (Le devuelve el saludo).

Luján —Gracias. Hace como seis meses que salimos.

Lautaro —Mirá qué bien. (A Saúl). Decime... ¿Ese control remoto, sirve para televisores estéreo?

Saúl —No te importa. No es tuyo.

Luján —¿Vos tampoco lo encontrás a Daniel?

Lautaro —No. Vine acá como última opción, pero... Lo que pasa es que no me quería convencer..., pero bueno..., habrá que darlo por perdido.

Saúl —Te dije que acá no está, pibe. ¿Me estás tratando de mentiroso?

Lautaro —(A Saúl). No, perdón. Yo no quise... En realidad, quise decir... (a Luján) ...habrá que darlo por... robado.

Saúl —Eso es otra cosa. Ahí está mejor.

Luján —¿Pero quién?

Lautaro — (No quiere decirlo). Vos te... imaginarás...

Luján — (Ingenua). No, no me imagino... Decime... ¿quién?

Lautaro —¿Por qué no vamos afuera... y te voy... diciendo...

Luján — (Histórica). ¡Decime quién se robó a Daniel, carajo!

Lautaro —(Tratando de disimular. Llevándola a un aparte). No grités. Se lo robaron ellos, boluda... (Saúl levanta la vista de los objetos).

Luján —¿Quiénes son ellos?

Lautaro —(Se le escapa un poco el volumen). El gobierno.

Saúl —(Se levanta de la silla). ¿Quién?

Luján —(Desesperada a Saúl) ¿Ustedes lo tienen? ¿Para qué lo quieren?

Saúl —¿Qué dice, señorita?

Luján —(Desesperada) ¿Ustedes se robaron a mi Daniel?

Lautaro —(Sacándola de un brazo.) Vamos, Lujan. Vamos a tomar un café.

Luján —No quiero un café, quiero a mi Daniel. Si hubiese perdido un café pediría un café, pero no perdí un café, perdí a mi novio. y lo quiero de vuelta, porque él me pertenece. Devuelvanmelo. Si quiere le dejo mi diario íntimo.

Saúl —Le dije que no lo tengo. Además, acá no servimos café.

Luján —Él es mío, en serio, se lo juro señor. Por Dios, se lo juro.

Saúl —Así que es suyo.

Luján —Sí, mío, mío.

Saúl —Perfecto. Supongamos que mañana, me traen en el camión de objetos perdidos, a Daniel Solís.

Luján —(Ilusionada). ¿Mañana? ¿A qué hora?

Saúl —Es tan solo una suposición.

Lautaro —Suponga de una vez, por favor.

Saúl — (Sentándose a la mesa). Supongamos que yo, ahora, tuviera sentado sobre mi mesa, a Daniel Solís... ¿A quién de ustedes dos le pertenecería?

Luján —(Agarrando a Saúl desesperada). A mí, a mí sola... Yo soy la novia.

Lautaro —(Mirándola ofendido). ¿Y con eso qué?

Luján —¿No te das cuenta? Si soy la novia, me pertenece. Él es todo mío.

Lautaro —En ese caso le pertenece a la madre y al padre.

Luján —Ya no, porque él es mayor de edad.

Lautaro —¿Y eso qué tiene que ver?

Luján —Una vez que tenés mujer, le perteneces a ella. ¿No viste lo de las herencias?

Lautaro —Eso es cuando sos esposa. Cosa que vos no sos.

Luján —Bueno, soy lo más parecido a una esposa. Vos sos solamente el compañero de la facultad.

Lautaro —Amigo.

Luján —Ah... ¿Ahora pasaste de ser compañero a amigo?

Disculpame, pero esa es una etiqueta que sólo te puede dar él, y por lo que sabemos, él acá no está, ni sobre la mesa, ni en el canasto.

Lautaro —(Paseándose). A ver... ¿Cuántos meses hace que, supuestamente, salís con Dani?

Luján —Daniel para vos.

Lautaro —¿Cuántos meses hace?

Luján —Seis. ¿Te parece poco? Y por si lo querés saber..., sí..., ya hicimos el amor.

Saúl —¿Sin matrimonio? (Saca el archivo). Eso quedará asentado en mi archivo.

Lautaro —Es que él me dijo, que si no hay entrega total..., el amor... es como que no... es.

Lautaro —Según recuerdo, con Magali, hace unos ocho meses que está saliendo.

Luján —(Haciéndose la desentendida) ¿Qué Magali?

Lautaro —La otra.

Saúl —Un momento, si hay otra no se lo puedo entregar a ninguno de ustedes dos.

Luján —(Irritada). Me lo va a entregar a mí. ¿Entendió?

Lautaro —Y tengo entendido que con Magali también ya hicieron...

Luján —No me importa, imbécil. Magali es una puta de mierda. Te dije que es mío y es mío.

Saúl —(Disfrutando de la situación). Yo no le puedo entregar el objeto perdido a más de un dueño. A no ser que, mediante juez, se arreglen días y horarios..., se firmen legajos y... (comienza a sacar el papel), si ustedes quieren...

Lautaro —¿Lo tenés o no lo tenés a Daniel?

Saúl —Ya le dije que son sólo suposiciones.

Lautaro —Dejesé de suponer, que no colabora en nada.

Saúl —¿Acaso, no lo escuche suponer a usted, que lo teníamos nosotros? Yo simplemente juego al mismo juego. (Ríe simpático)m

Lautaro —Yo no supongo nada. Yo sé que lo tienen.

Saúl —Ponga las pruebas sobre esta mano justiciera. (Extiende la mano y se tapa ojos. Cuando los abre ve que en su mano no hay nada y simula sorpresa).

Luján — (Buscando una explicación) ¿Por qué se lo robaron?

Saúl —Nosotros jamás nos robamos a nadie. Se lo juro por la picana del general, que Dios le mantenga los voltios.

Lautaro —¿Cómo qué no? Eso lo sabe todo el mundo.

Saúl —Cuide sus palabras, señor. Nosotros no nos robamos a nadie. No me haga tomar medidas... para su féretro.

Luján —¿Para quién?

Lautaro —No me asusta.

Saúl —A ver... ¿Por quién más quiere que se lo jure?

(Tranquilizándose). Lo que pasa es que usted se confunde. Lo que nosotros hacemos..., simplemente, a veces, y por motivos más que valederos, es hacerlos... ¿cómo decirlo? ...desaparecer.

Luján —Entonces debe haber una oficina de objetos aparecidos.

LAUT — (Sin escucharla). Es lo mismo. Si hacen desaparecer a alguien, es porque antes se lo robaron. No vas decir que las personas piden ser desaparecidas.

Saúl —A veces sí. Su amigo quizá pedía a gritos. ¡Quiero desaparecer! ¡Desaparezcanme por favor! Pero es que, no lo decía justamente con esas palabras, sino con otras. Con esas palabras que no son propias de un argentino de buena familia.

Luján —(Sonriendo). Me devuelve a mi novio, por favor.

Saúl —(Imitando su sonrisa). Y si viene Magali y me pide lo mismo... ¿Qué le digo?

Lautaro —Pará. No te pasés flaco.

Saúl —¿No fue usted el que, como un buen amigo, confeso la doble vida de su supuesto objeto perdido?

Lautaro —Perdido no, robado.

Saúl —Desaparecido.

Luján —¿Para qué lo quieren a Daniel?

Saúl —¡Sh! (De golpe). Escuche... (Todos hacen silencio).

¿Escucha ese silencio señorita?

Luján —Sí, lo escucho.

Saúl —¿No es hermoso? ¿No da tranquilidad? (Lujan dice que sí). Hay veces, que algunos, atentan contra el silencio, ocupándolo con habladurías. Hay algunas personas que atentan

contra los demás, envenenando el aire que nos oxigena, con palabras rojas como la sangre, y negras como la peste.

Lautaro —Entonces los desaparecen.

Saúl —Es lo mínimo que se puede hacer. ¿Usted que propone joven muchacho? (Se sienta a escucharlo).

Luján —Pero Daniel nunca fue de envenenar a nadie... Quizá hablaba mucho de política y esas cosas.

Saúl —¿Qué estudiaba Daniel?

Luján —Filosofía y Letras.

Saúl —¿Y por qué, entonces, hablaba de política?

Luján —No sé. Le parecería interesante.

Lautaro —Hablaban porque el aire es gratis.

Saúl —Sólo es gratis cuando se lo usa con un sentido moral y patrio. Si se va a estar usando el aire para cualquier cosa, es mejor sacárselo, y probar con otra cosa. (Como que se le acaba de ocurrir). Con agua, por ejemplo.

Luján —Siempre le gusto nadar. Pero no era de aguantar mucho.

Saúl —¿No? Pobre.

Lautaro —¿Dónde lo tiraron?

Saúl —¿Qué hicimos qué? No se alborote, compañero, son sólo suposiciones. (A Lujan.) Hágame caso, señorita, vaya, salga a la vida, y búsquese otro muchacho. Mientras más calladito, mejor. Bien decente. Usted es una chica de hogar. Su diario lo certifica.

Luján —Pero yo estaba... enamorada de Daniel.

Saúl —El amor real, el amor patrio, engendra familias, no desaparecidos.

Luján —¿Y Daniel?

Saúl —Quién sabe. Si está desaparecido, tal vez un día... (Con fatalismo) ...aparezca. Pero usted es joven, no desperdicie su vida. Vaya, no pierda el tiempo, porque a esas cosas no se me permite guardarlas acá. Una vez vino un tipo, de unos noventa años. Apenas podía caminar. Vino y me dijo... (mirándolo a

Lautaro) “me acabo de dar cuenta, qué perdí mi tiempo, almacenando ideas equivocadas. ¿Usted no tendrá mi tiempo por acá?”.

Luján —Y usted no lo tenía.

Saúl —Y no. Porque esas cosas...

Luján —...no se guardan. (A Lautaro). ¿Vamos?

Lautaro —Ahora te alcanzo.

Luján —Bueno. (Saliendo). Hasta luego, señor. Si Daniel aparece...

Saúl — (Dudando). Mmm... Dudo que aparezca. Pero...

Luján —¿Y adónde van los desaparecidos?

Saúl —Dice el general, que a ningún lado. Simplemente, desaparecen. (Hace como un mago).

Luján —Qué raro. Buenos días. (Sale).

Saúl —¿Y usted qué quiere? (Con el control remoto). ¿El control remoto?

Lautaro —Digamos que..., desaparecer a alguien, es como robarlo..., pero de un modo legal.

Lautaro —Si usted quiere, podría definirlo de ese modo. Y lo que es ley, está para cumplirse, no para objetarse.

Lautaro —¿Objetarse de objeto?

Saúl —No, de objeción.

Lautaro —¿Y las objeciones se pierden?

Saúl —No, esas también, desaparecen.

Lautaro —¿Y si hubiese otra ley?

Saúl — (Sonriendo con sadismo. Vuelve a sacar la hoja toda doblada). Usted puede llenar este formulario... pidiendo que se promueva la ley que usted necesita. (Le da una lapicera que él agarra por inercia). Debe firmar aquí..., allá abajo..., aquí a la izquierda..., donde está el sello..., (Él va firmando) ...su dirección póngala aquí..., la noche en que desea que pasen a hacerle una visita..., y por último, firme al lado del rostro de

nuestro general. (Ve que el firmo todo). Perfecto. (Agarra el papel y lo vuelve a guardar de donde lo sacó). Muy bien. Le pido que pase dentro de setecientas cuarenta y ocho semanas, a firmar el segundo formulario, una vez que este haya sido aprobado. Muy bien eso es todo... (Lautaro queda inquieto. Se miran profundamente). ¿Tiene alguna objeción?

Lautaro —No, no... (Comienza a salir).

Saúl —Mejor así.

Lautaro —Buenos días. (Sale. Saúl se sienta a seguir con su trabajo).

De ahora en más...

Damián

Nora

Macarena

Damián —(Entrando, desalineado. Gritando) Nora. Nora, mi amor.

Nora —(Entrando a escena con salto de cama). ¿Qué pasó?

Damián —(Repleto de felicidad). ¡No lo puedo creer! ¡Por fin se me dio! ¡Yo sabía que algo bueno me iba a pasar alguna vez!

(Gritando): ¡Me llegó el día!

Nora —(Que comienza a contagiarse de la felicidad de su esposo). ¿Qué pasó? Contame.

Damián —(Está agitado). Pará, dejame sentarme.

Nora —(Lo ayuda). ¿Te sentís mal?

Damián —No, estoy perfecto. Solamente me agité un poco.

Nora —(Saliendo a la cocina). Pará que te traigo un vaso de agua y me contás.

Damián —¿Agua? ¿Estás loca? Esto merece un brindis. (Con emoción y grandilocuencia). Abrí la botella de vino de papá.

Nora —(Estupefacta). Pero dijimos que la íbamos a guardar para cuando la nena cumpliera los quince...

Damián —Te juro que esto es más importante. (Ella lo mira).

Traela, en serio, es importante. Confiá en mí. (Nora sale. Él hundiéndose en su silla de felicidad). Por fin. Respeto,

hones... ¡Ahora van a saber quién soy!

Nora —(Entrando) ¿Estás seguro que querés que la abramos?

(Él la mira con felicidad y afirmación. Toma la botella. Ella se levanta y va en busca de dos copas. Él destapa la botella. Ella trae las copas y él sirve. Ella lo mira mientras sirve). ¿Y?

Damián —(Concentrado en sus pensamientos). ¿Qué?

Nora —¿Qué te paso?

Damián —(Levantando su copa de vino con una sonrisa). ¡Chin-chin!

Nora —(Sin entender). Sí, chin... (escruta en sus ojos) ...chin.

Damián —Por Macarena Zucarelli.

Nora —¿Por quién?

Damián —Macarena Zucarelli. (Con sarcasmo): ¿No la conocés?

Nora —Sí. ¿Cómo no la voy a conocer?

Damián —Bueno. Por ella.

Nora —¿Y qué hizo esa por nosotros?

Damián —Nos dio renombre. Ya no vas a ser más la esposa de Carlitos Damián Pérez.

Nora —¿Qué tenemos que ver nosotros con una modelo internacional?

Damián —No es cualquier modelo internacional. (Inflado de orgullo). Es la modelo internacional que nació en esta ciudad, que se crió en nuestras escuelas, que se alimentó con el pan de nuestras panaderías. Ella es nuestra referente en el mundo. ¿Entendés a qué me refiero? (Bebe un sorbo de vino).

Nora —Sí, te entiendo. ¿Adónde querés llegar con esto?

Damián — (Abriendo una revista de moda sin escucharla). Ella es símbolo de belleza. Mirala. Su figura es perfecta. Sus senos..., su cintura..., sus... (No puede seguir).

Nora — (Ya podrida). ¿Su qué?

Damián —No puedo seguir. Me emociono.

Nora —¿Podés decirme qué tiene que ver Macarena Zucarelli con nosotros, de una puta vez?

Damián —Sentate. (La sienta). Resulta que ella, la mismísima Macarena Zucarelli... (todo con suspenso) ...está en nuestra ciudad.

Nora —(Sorprendida) ¿Cómo? ¿Ella está acá? (Incrédula). No puede ser..., tendría que haber salido en los diarios. (Agarra el diario).

Damián —No, el diario no dice nada.

Nora —(Sin parar de pasar hoja tras hoja). ¿Cómo qué no? Algo tiene que decir. No pueden ser tan estúpidos.

Damián —(Sacándole el diario de las manos). ¡Qué no dice nada! Ya lo revisé esta mañana.

Nora —(Sentándose indignada). Pero... ¿a vos te parece? Diario de mierda. Se la pasan hablando de cualquier hijo de vecino, y cuando viene alguien realmente importante, no son capaces ni de sacar una mísera nota.

Damián —Es que ella no quiere que se entere nadie de que esta acá.

Nora —¿Por qué no quiere? ¿Le damos vergüenza? Mal parida de mierda... ¿Qué se cree? ¡No reconoce sus orígenes!

Damián —(Zarandeándola de repente). ¿Qué dijiste?

Nora —(Sin escucharlo). ¿Qué se cree? Chiruzá...

Damián —(Gritando enojado). ¡Callate de una vez, carajo! ¡Respetala a la Macarena! ¡Porque te voy a cruzar la cara de un bife!

Nora —(Lo mira. No comprende porque la defiende tanto. Se comienza a tranquilizar. Se sienta). ¿Y vos cómo sabés que está acá?

Damián —Es que yo... (Dándose aires de importancia) ...hablé con ella.

Nora —(Sin comprender y casi riéndose). ¿Vos... con ella?

Damián —(Haciéndose el ofendido) Sí, yo. Carlos Damián Pérez. Tu esposo.

Nora —(Descreída). ¿Ah, sí? ¿Y qué te dijo?

Damián —(Indiferente). Cosas.

Nora —¿De qué hablaron? ¿De moda? ¿De París?

Damián —Entre otras... cosas.

Nora —(Ya podrida). Dale, Damián. Dejate de joder. Decime por qué motivo destapamos el vino, por favor.

Damián —(Sincero). Por Macarena. Ya te dije. (Entra Macarena y se sienta en el borde del escenario. El personaje se usará para ayudar a describir lo narrado por Damián. Lo que ella diga será escuchado por Nora como dicho por Damián).

Nora —(A Damián. Lo mira mal). ¿En serio hablaste con ella?

Damián —Sí, tipo diez de la noche. Cuando estaba yendo para el bar a encontrarme con los muchachos, escuche un llanto.

(Macarena llora).

Nora —¿De mujer? (Él afirma con la cabeza). ¿Era ella?

Damián —Sí. Era ella. Estaba sentada en el umbral de la casa esa de la esquina de Pueyrredón y Alberti.

Nora —¿Enfrente de lo de Ambrosetti?

Damián —Sí, cruzando la cafetería.

Nora —¿Y?

Damián —(Se acerca hasta Macarena). Yo, sin saber que era ella, le dije “¿Te puedo ayudar en algo piba?”

Nora —¿Piba le dijiste?

Damián —Te dije que no sabía que era ella.

Nora —Ah, cierto. ¿Qué te dijo ella?

Damián —Ella me dijo...

Macarena —“No se preocupe, señor”.

Nora —Mirá que educada. Siempre fue amorosa dicen. ¿Sabés quién es pariente de ella?

Damián —¿Quién?

Nora —La de Lustondi.

Damián —Mira vos. (Silencio). ¿Sigo?

Nora —Dale, dale...

Damián —Entonces me dijo...

Macarena —“Lo que pasa, es que vengo del velorio de una amiga”.

Nora — (De repente). ¿Quién murió?

Damián —(Pensando). No le pregunté. (Ella agarra el diario para ver los muertos). Entonces le dije “Te acompaño”. (Se sienta al borde del escenario junto a Macarena).

Macarena —“No se moleste”.

Damián —“No piba, no es molestia”.

Nora —(Sin sacar la mirada el diario). Y dale con “piba”.

Damián —Y ahí no más... (Macarena vuelve a llorar) ...volvió a largarse a llorar.

Nora —(Mirando el diario). Era amiga de la chica de Lovera, entonces. Mirá vos.

Damián —¿La hija del doctor?

Nora —Sí. Parece que murió de leucemia, pobre piba.

Damián —Qué ironía. Hija de un médico y morir de una enfermedad.

Nora —La verdad. (Cierra el diario). ¿Por dónde ibas?

Damián —(Macarena vuelve a llorar). Que estaba llorando. No sabés, no paraba de llorar. Y ahí no más, fue que me abrazó. (Macarena lo abraza).

Nora —¿Te abrazó?

Damián —Sí, me abrazó. Y después me dijo...

Macarena —“¿Sabes qué? No somos nada”.

Nora —¿Cómo?

Damián —Así no más, me dijo... (Repite) “No somos nada”.

Nora —Qué raro. ¿Nada?

Damián — (Gestos de tampoco comprender. Se para y va hasta Nora contándole). Y ahí no más se deschavó, y empezó a hablar sin parar... de lo infeliz que es, de lo que sufre, de las cosas no puede comer, de los viajes, de las drogas...

Nora —¿Drogas?

Damián —...de las exigencias. (Exaltado) Y ahí me di cuenta que era Macarena Zucarelli. (Agarra una revista Para ti). Macarena Zucarelli... ¿Entendés? (Le saca la revista y la empieza a ojear). Vos no sabés, Nora. La vi ahí, toda flacucha, llorando, sin maquillaje que... parecía una persona común. Toda tristona... flacucha, flacucha... (Silencio) Y ahí fue que se me ocurrió la gran idea.

Nora —¿Qué idea?

Damián — (Yendo hacia Macarena de vuelta): “Te invito unos choripanes”.

Nora —¿Qué?

Macarena —“No sé, no puedo...”

Damián —“Pero dale, piba. Tomamos unos vinos y se pasan todas las penas”. (Le extiende la mano a Macarena. Ella se para). Y ahí no más... ¡Aceptó! Así que la agarré del brazo y nos fuimos a la parrillita de Manolo. (Y salen del brazo fuera de escenario).

Nora —(Estupefacta). ¿La llevaste a una parrilla? ¿A Macarena Zucarelli? (Él entra a escena sólo y afirma orgulloso).

Damián —No sabés cómo comió. ¿Sabés que nadie la reconocía? Andaba con una camperita de esas con capuchas. Y como el tiempo estaba fulero, había poca gente.

Nora —¿Alguien que yo conozca?

Damián —(Pensando) No. El hijo de Labartete. Pero ese pibe vive ahí. (Vuelve a la historia).

Nora —¿Comió mucho?

Damián —¿El hijo de Labartete?

Nora —No, Macarena.

Damián —Sí, morfó como una bestia. No sabés la cara de felicidad que tenía. Después de bajarnos la parrillada, nos mandamos unos flancitos mixtos; ahí no más pedí la cuenta.

Nora —¿Pagó ella?

Damián —Nora... ¿cómo va a pagar ella? (Siguiendo con el relato): Cuando nos estábamos yendo, Macarena me dice que quiere ir al baño. Así que la espero afuera... (Se apoya contra la pared esperando a Macarena). Me fumo un puchito tranquilo...

Nora —¿Tenías que fumar?

Damián —Nora. Sabés que es el puchito después de la cena, nada más.

Nora —¿Tardo mucho en el baño?

Damián —No, un rato no más. Cuando volvió, la vi como relajada. (Macarena entra a escena y va hasta Damián). Como si no hubiese comido todo lo que comió.

Nora —Qué raro.

Damián —Se me acerca, se levanta la remera, y me muestra la pancita.

Macarena —“Tocame. Sentí que flaquita que soy”.

Damián —(Hipnotizado por el recuerdo) Y yo la toque, como me dijo. Flacucha, flacucha estaba. “Pero... ¿dónde está la comida?”

Macarena —(Ríe y lo besa. Después lo abraza). Se rió, como una nena, y después me besó contra el árbol; ese que está enfrente de la parrilla. (Sin salir del recuerdo). Ese que el Manolo mandó a talar a la municipalidad, y ni bola le dieron. Porque parece que las ramas le cagan el techo del quincho. Pero ni bola le dieron, porque el árbol estaba ahí. (Nora no puede reaccionar). Por suerte..., el árbol estaba ahí. (Se quedan abrazados).

Nora — (Anonadada). ¿Te besó Macarena Zucarelli? (Comienza a servirse el vino hasta tomarse toda la botella).

Damián —Sí..., me besó una Modelo.

Nora —Internacional.

Damián —Pero nacida acá.

Nora —Es una locura.

Damián —Sí, yo tampoco lo pude creer. (Se suelta del abrazo y va hasta Nora, mientras Macarena sale de escena). Ahí no más me la lleve para el hotel de acá a la vuelta, y bueno... estuvimos hasta recién... La pasamos lindo. Me chorié unos jabones de esos que te gustan a vos. (Se saca los jabones del bolsillo y se los da).

Nora —¿Te acostaste con Macarena Zucarelli?

Damián —Sí, primero nos acostamos..., y después hicimos lo otro.

Nora —¿Lo otro?

Damián —Sí, lo otro.

Nora —¿Y?

Damián —Bien. Estuvo muy bien. Parece que tiene mucha experiencia. Como viaje por tantos países, sabe muchas cosas diferentes. Y eso que andaba resfriada, pobrecita. A cada rato iba al baño y... (Hace ruido de aspirar) ...y después venía de vuelta, como renovada, y me decía...

Macarena —(Asomando sólo la cabeza a la escena. Está desnuda pero sólo se le ve hasta los hombros): “Probemos esto ahora”.

Nora —¿Sí?

Damián —Sí. Muy bien la piba. (Silencio reflexivo): ¿Sabés qué es lo mejor?

Nora —¿Qué?

Damián —Que dejó de llorar.

Nora —No sé qué decirte, Damián.

Damián —(Comienza a salir del ensueño): ¿Qué?

Nora —(Repitiendo). Que no sé qué decirte.

Damián —Viste. A mí me paso lo mismo. Es algo que al principio no sabés cómo reaccionar. La acompañé hasta la casa, y venía caminando, pensando en nosotros. (La mira a ella). En vos y yo. Y me decía... “Por fin, por fin se nos dio”. Después de

tanto sacrificio, ahora vamos a ser alguien. Vamos a estar en la boca de la gente. Voy a ser más importante que el intendente mismo. Porque, no me acosté con cualquiera, me acosté con una modelo internacional. Y vos vas a ser como la primera dama... ¿Entendés? (Ella está shockeada). Pensá.

Nora —No sé, Damián. No sé qué decirte.

Damián —Pensá cuando vayas a la peluquería, cuando vayas al almacén... Ahora sí que nos van a dar fiado.

Nora —¿Sí?

Damián —Sí.

Nora —(Empieza a entender) Es cierto. Vamos a tener más... (No encuentra la palabra).

Damián —Beneficios.

Nora —Eso. Pero... ¿La iglesia? ¿Ese mandamiento que habla sobre el adulterio?

Damián —No te preocupes. (Con orgullo). Mañana a primera hora me voy a ir a confesar.

Nora —No, mi amor. ¿Cómo te vas a arrepentir frente a Dios de lo que nos va a dar reconocimiento de ahora en más?

Damián —No, pará, sólo me voy a arrepentir de lo que corresponde, de lo otro no. Además, Dios me va a entender.

Nora —Si, es verdad. Dios siempre entiende.

Damián —Después de todo a él también le gusta el reconocimiento. No por nada vamos a alabarlo todos los domingos.

Nora —Tenés razón, mi amor. Mañana Dios te va a perdonar y va a empezar una nueva vida para nosotros.

Damián —Claro. Después de todo yo me acerqué a ella para ayudarla. Y eso pesa más que cualquier revolcada.

Nora —Es verdad. Siempre tuviste un corazón de oro. (Se miran). Te amo tanto.

Damián —Todo va a cambiar. (Entra Macarena vestida como al comienzo y baja del escenario. Él la mira enamorado): Gracias a Macarena Zucarelli.

Nora —(Pensando de golpe). Quizá ahora me bequen a la nena en ese jardín privado tan prestigioso.

Damián —No tengas duda.

Nora —Y quizá ahora me den la “Visa” que me negaron el año pasado, esa que es de plateada, creo...

Damián —Seguramente.

Nora —Mañana, mientras te vas a confesar, llamo al diario para que te vengán a entrevistar. Te plancho el saco por si vienen con el fotógrafo.

Damián —Perfecto.

Nora —Después voy a ver si le compro algún vestidito a la nena.

Damián —Y sí, no va a andar así no más, ahora.

Nora —(No da más de alegría. Lo besa profundamente). ¡Qué felicidad, mi amor! Gracias por este regalo. Nunca me voy a olvidar de lo que hiciste por nosotros.

Damián —Te amo. (Ella lo empieza a besar). Despacito.

Nora — (Lo empuja al sillón). ¿Puedo hacer el amor con el señor Carlos Damián Pérez... (Haciendo hincapié) ...de Zucarelli?

Damián —No sé. Tendría que ver mi agenda.

Nora —(Ríe) No seas malito. Dale que todavía debes estar impregnado.

Damián —(Comienzan a salir hacia la pieza). ¿Sabe qué? Usted también es mi modelo.

Nora —¿Sí?

Damián — Mi modelo de ama de casa. (Ambos ríen y se abrazan).

Nora —¿Creés que nos llamen para almorzar en lo de Mirtha?

Damián —Quizá, quizá... Todo es posible... “de ahora en más”.

## Transa de Vanguardia

Titi

Acho

(Títi está sentada en un banco. Pasa Acho, para ella, un desconocido. Le gusta).

Titi —¡Ey!

Acho —(Se da vuelta). ¿Sí?

Titi —¿Sabes qué?

Acho —(Frenando). ¿Qué?

Titi —Sos re-lindo. Me caés re-bien.

Acho —(Sorprendidísimo) ¿Sí?

Titi —Sí.

Acho —(Intentando ser tan simpático como ella para ver que intenciones hay detrás). Bueno. Vos, expresandoté, del modo en que te expresás, también me caés re-bien.

Titi —¿Y te parezco bonita? (Sonríe como para foto).

Acho —Sí, sí. Muy bonita. Y además me parecés muy simpática y extrovertida.

Titi —Sí, es cierto, lo soy. (Aclarando). Pero no más que mi hermana. (Saca una foto y se la muestra).

Acho —Entonces tu hermana debe ser absolutamente genial.

Titi —Lo es. (Le devuelve la foto y ella la guarda). ¿Transamos?

Acho —Eh... Dale. Sí, sí... Cómo no... (Se sienta junto a ella. Se prepara). Yo ya estoy. Cuando vos quieras.

Titi —(Se acerca para besarlo). Pará... Antes conozcámonos mejor.

Acho —¿Te parece? ¿Es necesario?

Titi —Y sí. Son formalidades impuestas socialmente que deberíamos respetar.

Acho —Sí, ya sé. Pero... (busca alguna excusa) ¿Y si hacemos vanguardia?

Titi — (Sin entender) ¿Vanguardia?

Acho —Claro... Empecemos nosotros, a promover la transa con el total desconocido, y seguro que después, a los demás, les va a copar nuestra onda, y se terminarán sumando. ¿Entendés?

Titi —(Le parece interesante) Esté muy buena esa idea. Me gusta. Es interesante. Te felicito.

Acho —Gracias.

Titi —¿Sabés lo que podríamos hacer?

Acho —¿Qué cosa?

Titi —Podríamos hacer afiches promoviendo nuestra vanguardia. Podrían decir “No hables con extraños, tránsatelos”.

Acho —Muy bueno, muy bueno. Sos realmente genial.

Titi — (Aclarando). Pero no más que mi hermana.

Acho —Claro, claro... Sí, sí...

Titi —Mejor así.

Acho —Bueno, listo entonces. ¿Ya podemos empezar a transar?

Titi —Sí, ahora sí. (Ella se acerca, pero se arrepiente. Le pone una mano en la boca). Pero pará.

Acho —¿Qué pasó? ¿Tengo mal aliento? (Trata de corroborarlo).

Titi —No, no es eso. Es que..., pensando en nuestros antepasados..., no se..., a ellos les costó tanto conseguir esta libertad sexual, de la que hoy gozamos, que... habría que respetar, por lo menos, la mínima formalidad de cruzarnos datos sobre nuestro pasado. ¿No te parece?

Acho —Sí, pero..., mirá que yo ya sé algo vos

Titi — (Asustada). ¿Qué sabés de mí?

Acho —Que tú hermana es mucho más extrovertida, y más simpática...

Titi —Ah, sí. Eso es cierto. Pero no alcanza.

Acho —¿No?

Titi —No. No alcanza para nada.

Acho —La pucha.

Titi —Esperá. (Saca de adentro de su cartera un papel y una lapicera y comienza tomarle los datos). Ahora sí, empecemos.

A ver... ¿Cómo te llamas? (Va anotando todo).

Acho —(Sorprendido por las anotaciones) Eh... Acho. Acho me llamo. ¿Vos?

Titi —Paula, pero llamame Títi.

Acho —(Riendo). ¿Cómo el mono?

Titi —(Le da una cachetada ofendida.) ¿Qué decís? El nombre del mono es tití, acentuado en la segunda i. Mi sobrenombre esta acentuado, ortográficamente, en la primera.

Acho —¡Ah! Perdón. Yo no quise...

Titi —Pero sin embargo...

Acho —Ves, si seguimos indagando sobre nuestro pasado, podemos llegar a ofendernos sin querer. “De cerca nadie es normal”. ¿Por qué no nos quedamos con lo que ya sabemos acerca de nosotros, y nos ponemos manos a la obra?

Titi —(Alejándole la mano). Nada de manos.

Acho —¿Y de bocas?

Titi —Sí, de boca sí.

Acho —¿Y de lenguas?

Titi —Eso lo vamos viendo. Se tiene que ir dando.

Acho —Ok, listo. ¿Arrancamos con las bocas?

Titi —Bueno, dale. (Él se acerca nuevamente para besarla). Pero esperá.

Acho —(Ya podrido). ¿Qué?

Titi —Decime algo más de vos.

Acho —(Pensando) Eh... Mi papá se llama Raúl, y es hincha de River...

Titi —¿Tiene segundo nombre?

Acho —No, creo que no. Pero le dicen Rolo.

Titi —Ok. Listo. (Anota) “Le dicen Rolo”. ¿Tenés perro?

Acho —Sí, se llama Moncho, pero está muerto.

Titi —Ajá. “Moncho”. ¿Fecha de nacimiento?

Acho —¿Del perro?

Titi —No, tuya.

Acho —(Poner la fecha coherente a la edad del personaje): 29 de febrero del 2001.

Titi —¿Tu vieja, qué onda?

Acho —Ahí está, en la cárcel..., por tenencias de drogas. La veo los fines de semana.

Titi —¿Tenés pareja?

Acho —Sí, Carmencita, tiene 16 años. (Aclarando). Pero también es pareja de otros.

Titi —Claro. Obviamente. ¿Trabajás?

Acho —Sí, reparto empanadas en una moto.

Titi —¿Empanadas?

Acho —Sí, uso un casco rojo... que dice...

Titi —¿Para qué empresa trabajas repartiendo empanadas?

Acho —Para Empanadas Hernández.

Titi —¡No! ¡No puede ser!

Acho —¿Por qué “no”? Pará. (Justificándose). Pagan bien, imaginate que yo no terminé la secundaria, no puedo aspirar a más...

Titi —¿Sabés cuál es el apellido de mi tío?

Acho —¿Es muy difícil? No sé. (Arriesga). ¿Tirabassi?

Titi —¡Hernandez, tarado!

Acho —¿Tu tío es el dueño de...

Titi —Sí. Es el dueño de Empanadas Hernandez.

Acho —¡Uh! Bueno, entonces no.

Titi —Y no.

Acho —Te dije que no teníamos que hablar sobre nosotros. Hubiéramos transado de lo más bien.

Titi —Sí, pero, imagínate si transábamos, y yo después te veía trabajando para mi tío.

Acho —¡Un bajón!

Titi —¿Y qué te parece? (Se quedan en silencio). Bueno, si cambias de laburo, después vemos.

Acho —Sí, dale. Igual estoy súper cómodo ahí. Es un genio tu tío.

Titi —No sé, a mí nunca me regaló nada para navidad.

Acho —Pero comerás empanadas gratis... ¿O no?

Titi —Sí, eso sí. Las de atún son ricas.

Acho —No las probé, soy alérgico al atún.

Titi —Qué lástima. Bueno me voy. Tenés una boca preciosa. Hubiese estado bueno transarte.

Acho —Lo mismo digo.

Titi —Nos vemos. Acho. (Le da un beso en el cachete).

Acho —Chau, Títi. Saludos a tu hermana.

Titi —Serán dados. (Ella sale. Él se queda tocándose el cachete en donde fue besado. Suena la música).

El duende castrador

Leopoldo / Psicólogo

Lucrecia / Paciente

Duende

Leopoldo —(Cenital sobre Lucrecia sentada sola. El doctor escondido en la oscuridad. Como respondiéndole a una pregunta). Ajá. Es muy claro.

Lucrecia —Pero si yo no he dicho nada, doctor.

Leopoldo —No hace falta. Sus gestos hablan por usted. Su ropa y su cuerpo la delatan constantemente. Su cuerpo me habla y me dice cosas.

Lucrecia —¿Qué cosas le dice doctor?

Leopoldo —(Entrando en la luz. En seco). Secreto profesional. (Amablemente). Bueno, ahora sí, dígame... ¿Qué la trae por aquí?

Lucrecia —Bueno..., em... Resulta, que yo tengo un problemita, doctor... ¿no?

Leopoldo —Ajá. Es muy claro.

Lucrecia —Y yo le conté sobre este problemita, a una amiga mía, íntima, íntima..., y ella me recomendó que lo venga a ver a usted.

Leopoldo —¿Y quién es su amiga?

Lucrecia —Mi amiga es Lélis. Me dijo que usted hizo milagros con ella.

Leopoldo —(No la recuerda) Lélis, Lélis... (Recordándola de golpe. Sumergiéndose excitado en su recuerdo). Sí, Lélis. La recuerdo muy bien. Flacucha, ojos caídos, lunares en lugares recónditos...

Lucrecia —Sí, esa es mi amiguita Lélis.

Leopoldo —(Sin escucharla). ¡Qué bien que la pasábamos con Lélis! Tenía las vértebras acomodadas de tal modo que se lucía a la hora del... (Hace el gesto como si Hebe le practicara sexo oral).

Lucrecia —¿Del qué, doctor?

Leopoldo —(Ofuscado por la interrupción y saliendo de su recuerdo). Secreto profesional.

Lucrecia —Claro, secreto profesional (Se pone la mano en la boca y ríe).

Leopoldo —Ahora dime... ¿Cuál es ese problemita que tú tienes, Lucrecia querida?

Lucrecia —Mi principal problema, es que no puedo hablar del problema.

Leopoldo —¡Qué maravilla! ¡Eso se llama síndrome de la Mamushka! (Explicándole a los espectadores). Llevan un problema escondido dentro de otro. Nunca había tenido una paciente con esta extraña patología. (Excitado por la novedad. A Lucrecia). Estoy encantado contigo. ¡Eres un bellissimo conejillo de indias, pequeña Lucrecia!

Lucrecia —(Feliz). ¡Me encantan los conejitos! (Comienza a hacer boca de conejito).

Leopoldo —(Tomándole la cara con fuerza). ¿Y eso tiene algo que ver con el problema? (Ella niega). Entonces calla. (Le suelta la cara). ¿No sabes que el tiempo de sesión es poco y caro? ¡Carísimo! (Ella hace que no con la cabeza). ¿No te lo ha dicho tu amiga... (No recuerda su nombre).

Lucrecia —Lélis.

Leopoldo — (Posesionándose nuevamente). Sí, Lélis, su piel lechosa, su camisa babeada por los alumnos, sus brazos abrazándome las pantorrillas y gritando, gritando, gritando...

Lucrecia —¿Qué gritaba, doctor? (El doctor la mira enojado). Ya sé... (Imitándole el gesto al doctor). Secreto profesional

Leopoldo —(Sonriendo). Muy bien, ya vamos avanzando. ¿Y por qué motivo crees que no puedes hablar de tu problemita?

Lucrecia —Porque si no, va a venir él.

Leopoldo —¿Y quién es él?

Lucrecia —(En secreto). Él es... el duende castrador.

Leopoldo —¿El duende castrador?

Lucrecia —(Pide silencio escupiéndolo). ¡Shhhh!

Leopoldo —(Secándose la cara). ¿Está acá?

Lucrecia —Seguro. Debe estar escondido. Está esperando que hable de mi... problemita.

Leopoldo —(Parándose enérgico). ¡Sal, maldito duende! ¡No te tengo miedo! ¡Soy un profesional!

Lucrecia —Él no saldrá.

Leopoldo —¿Por qué?

Lucrecia —Él solo aparece cuando yo hablo de...

Leopoldo —... de tu problemita? (Ella afirma. El psicólogo tomándole las manos). No temas, Lucrecia. No te podrá hacer daño conmigo aquí.

Lucrecia —Sí podrá. Si hablo me...

Leopoldo —¿Me qué?

Lucrecia —Me castrará.

Leopoldo —(Se impacta). Opa. (De repente cambia de estrategia. Feliz.) Entonces..., hagamos una cosa, no me cuentes del problema.

Lucrecia —¿No?

Leopoldo —Pero no. Cuéntame del duende. ¿Te parece?

Lucrecia —(Grita feliz). ¡Sí!

Leopoldo —(Él la imita). ¡Sí! (Canturrea). El duende, el duende...

Lucrecia —Es una historia muy bonita.

Leopoldo —¿Sí?

Lucrecia —Muy, muy...

Leopoldo —Sensacional (Saca un grabadorcito y se lo pone cerca de ella). Comienza.

Lucrecia —Bueno, eh... Resulta, que mi madre, siempre me hablaba del duende cuando era chica. Ella siempre ella me decía: “Lucrecita, nunca tengas pensamientos impuros, porque si no va a venir el duende castrador, y te va a corta la cachucha con su cuchillo afilado”.

Leopoldo —¿Cachucha?

Lucrecia —Sí, la... (Se señala la entre pierna).

Leopoldo —Ah. Sí, entiendo, sigue, sigue...

Lucrecia —Bueno, y así..., siempre al anochecer, cuando mi madre me daba el beso de las buenas noches, me tapaba hasta el cuello, y me recordaba lo que me haría el duende castrador, si yo llegaba a pensar en chicos bonitos, o en los cuerpecitos de los mismos.

Leopoldo —¿Y a ti, te gustan los chicos?

Lucrecia —(Horrorizada) ¡No! ¿Qué dice? (Mientras hace el gesto de que se calle porque va a venir el duende). ¡Shhhhhh!

Leopoldo —(Mira para todos lados. Pregunta si está ahí con señas. Ella responde que no). ¿Cuándo viste al duende por primera vez?

Lucrecia —Una vez, yo entre al baño sin querer, y vi a papá haciendo pipí.

Leopoldo —(Anota con devoción). Pipí, papá.

Lucrecia —Entonces me asusté mucho, mucho. Corrí hasta mi pieza, cerré la puerta, pero él ya estaba adentro.

Leopoldo —¿El duende castrador?

Lucrecia —(Comienza a acongojarse). Sí, el duende castrador. Estaba sentado sobre el armario, y con su cuchillo afilado estaba castrando... (Al borde del llanto) ...a mi osita de peluche. (Quiebra). Yo no quise pensar en papá. Fue sin querer...

Leopoldo —(Abrazándola). Tranquila, Lucrecia. (Ella se tranquiliza). ¿Y él, sigue apareciendo?

Lucrecia —Sí, cada vez que se acerca a hablarme algún chico, o a sacarme a bailar, él aparece. Aparece con su cuchillo afilado y me hace el gesto como que... (Hace el gesto del serrucho).

Leopoldo —(Le agarra el brazo). Tranquila, Lucrecia. (La cachetea). Cuéntame del último chico que se te acercó. ¿Cómo era?

Lucrecia —Era normal, lindo, simpático.

Leopoldo —Digamos que... te gustaba.

Lucrecia —Sí, mucho... (Se da cuenta de lo que dijo. Entra el duende por detrás del psicólogo. Desesperada). ¡Ahí está doctor! ¡Ahí está! ¡Me viene a castrar!

Leopoldo —(Que lo busca pero no lo ve). ¿Adónde está ese condenado duende? No te tenemos miedo.

Lucrecia —No lo desafíe, doctor.

Duende —(Tomándola a Lucre por la espalda). Así que hablando de hombres otra vez, Lucrecia.

Lucrecia —¡No! Se me escapó. Fue el doctor. Él me hizo hablar sin querer.

Leopoldo —¿Yo qué? Yo no hice nada. ¿Con quién hablas Lucrecia?

Duende —(Le tapa la boca). No le contestes. Parece que no sabes tener la lengua en su lugar.

Leopoldo —Háblame, Lucrecia, háblame, carajo. Soy un profesional.

Lucrecia —(Se saca el duende de encima y se abraza de rodillas al doctor). ¡Basta! Dejame tranquila. Ahora tengo al doctor. Él me va a cuidar. Ahora voy a poder pensar en todos los chicos que quiera.

Duende —(Horrorizado) ¡No!

Leopoldo —Eso, Lucrecia. Dile que no le temes, Lucrecia, díselo.

Lucrecia —Ya no te tengo mie... (Él duende muestra su cuchillo y Lucrecia retrocede con el doctor).

Leopoldo —Díselo Lucrecia.

Lucrecia —Ya no te tengo mie... (Cuchillo nuevamente).

Leopoldo —Díselo de una puta vez carajo, mierda. Dile que no le temes a ese duende del demonio.

Duende —No puedes. Recuerda a tu madre. ¿Qué te decía cada noche?

Lucrecia —No puedo, no puedo, no puedo... No puedo doctor.

Él tiene razón. Yo no debo... no puedo pensar en... chicos

Duende —(Acercándose). Muy bien, Lucrecia. (Le dice su plan al oído. Le pasa el cuchillo).

Leopoldo —Él no existe, Lucrecia. Es sólo un invento de tu puta madre, y que le partan el coño en el infierno en este mismo momento a esa vieja hija de puta.

Lucrecia —Sí, doctor, tiene razón. Él no existe.

Leopoldo —¿Cómo?

Lucrecia —Es todo un invento de mi imaginación ¿no?

Leopoldo —Claro..., pero... ¿ya te convenciste?

Lucrecia — (Maravillada). Claro, doctor. Es que usted es tan inteligente, tan capaz, tan... (Haciendo el gesto de secreto profesional pero sexy) ... profesional.

Leopoldo —Sí, sí, sobre todo eso.

Lucrecia —Tenía razón mi amiguita... Léllis.

Leopoldo —(Entrando en el recuerdo por tercera vez). Sí, Léllis. Esos pechos turgentes, esas chuzas coloradas, esas pantimedias fuccias... (Lucre castra al psicólogo). ¡Ahhhhhh! (Cae el piso agarrándose la entrepierna).

Lucrecia —(Al duende) Vamos, amigo. (Se dan la mano y bailan sobre el escenario). Vayamos a correr por los prados, por

los cielos limpios como mis pensamientos. ¿Siempre estarás a mi lado para ayudarme?

Duende —Siempre, Lucrecia. (Él psicólogo grita demasiado. El duende lo pateo). Cállate. (Se abrazan y salen cantando el estribillo de la canción de cierre)